El Caribe como destino. Aproximación a Michaelle Ascencio

Ana Teresa Torres
Academia Venezolana de la Lengua
Caracas-Venezuela
anateresatorresg@gmail.com

DOI: http://doi.org/10.53766/HumSur/2019.26.01

Resumen

Se presenta una semblanza de Michaelle Ascencio, antropóloga y escritora venezolana formada en la Universidad Central de Venezuela, el Instituto Caro y Cuervo de Colombia, la Universidad de Estado de Haití y la Escuela de Altos Estudios en ciencias sociales de París. El artículo destaca la importante y original contribución que representan sus investigaciones en la comprensión de la sociocultura y religiosidad del Caribe, particularmente la de Haití, país donde nació, y la de Venezuela, donde vivió desde la infancia. Así mismo se reseñan sus obras de ficción y de crítica literaria.

Palabras clave: antropología, religiosidad, historia, ficción, Caribe.

The Caribbean as a destination. Approach to Michaelle Ascencio

Abstract

A portrait of Michaelle Ascencio, Venezuelan anthropologist and writer trained at the Central University of Venezuela, the Caro y Cuervo Institute of Colombia, the State University of Haiti and the School of Higher Studies in social sciences of Paris. The article highlights the important and original contribution of his research in understanding the socio-culture and religiosity of the Caribbean, particularly that of Haiti, where he was born, and that of Venezuela, where he lived since childhood. His works of fiction and literary criticism are also reviewed.

Keywords: anthropology, religiosity, history, fiction, Caribbean.

Recibido: 11.10.18 / Revisado: 28.10.18 / Aprobado: 19.12.18

1. A modo de semblanza

Michaelle Ascencio Chancy nació el 10 de abril de 1943 en Puerto Príncipe, Haití, desde donde sus padres emigraron a Venezuela cuando era muy niña. Michaelle decía estarles agradecida por esta decisión que le permitió a ella y a sus hermanos Guilda, Jocelyn y Juan (todos exitosos profesionales) crecer y formarse en un país democrático y próspero, pero sus raíces culturales –y ancestrales– estuvieron siempre presentes en su pensamiento y en su corazón, y marcaron su camino intelectual y su estudio de la Venezuela caribe y afroamericana. No fue la única, pero sí la investigadora que más insistió en la importancia de la religiosidad en la sociedad venezolana, tema muchas veces despreciado, y sin duda era su visión antillana, y particularmente haitiana, la que le permitió iluminar ese espacio de nuestro imaginario; volveré sobre ello.

Apretando la memoria creo que nuestro primer encuentro tuvo lugar en una reunión del Pen Venezuela en mayo de 2003. Por mi parte quedé muy impresionada por la sutileza y elegancia de sus comentarios, y por la de ella supongo que también se interesó en conversar conmigo, de modo que efectivamente hicimos una cita con ese propósito. A partir de entonces no tuve ninguna duda de que había dado con la interlocutora ideal para aquellos tiempos. También coincidíamos en ser autoras de la misma casa editorial, Alfa, y en alianza con los editores desarrollamos juntas un programa con el nombre de Letras libres bastante exitoso. Se celebraba un sábado al mes en una de las librerías Alejandría, con el propósito de comentar algún libro. El programa lo diseñó Michaelle y consistía en invitar al autor junto con un interlocutor que animara el diálogo y a la vez aportara su punto de vista. Transitamos más bien por los temas sociales y de actualidad política, de modo que nuestra amistad estuvo determinada desde el principio por los acontecimientos políticos, por la conversación y el intercambio. Michaelle tenía la cualidad de lanzar ideas brillantes en medio de un comentario gracioso, o de una simple alusión a la cotidianidad. Eso sí, era una interlocutora exigente, y hacía de la conversación una experiencia intelectual. A lo largo de una década me ofreció la mirada de alguien siempre atenta a lo que ocurría, capaz de relacionarlo con múltiples líneas desde lo subjetivo, lo social, lo cultural, lo religioso, lo histórico, lo mitológico. Podía tratarse de algo visto en un programa de televisión, un diálogo con un conductor de buseta o con la señora que le arreglaba las manos en la peluquería. Inocentemente la gente hablaba con ella y ella escuchaba al país en su aparentemente ingenuo diálogo. De ese modo la persona en cuestión se convertía en un texto para

leer y comprender, en el que la antropóloga había encontrado la punta de un mito, el signo de un conflicto, el reflejo de una sociedad. Cualquier encuentro se transformaba en objeto de estudio para quien fue una investigadora fundamental del imaginario social venezolano, de ese abigarrado conjunto de percepciones, autopercepciones, creencias, expectativas, que conforman la trama interna de una sociedad. No tengo ninguna duda de que mi libro *La herencia de la tribu. Del mito de la Independencia a la Revolución Bolivariana* (2009) le debe mucho a estas conversaciones, porque fue ella quien me enseñó a leer en varios canales el mismo hecho y en el momento en que ocurre. Espero haber sido una alumna agradecida porque ella fue una maestra que regalaba sus ideas con gran generosidad.

La enseñanza fue otra de las experiencias compartidas, me refiero en este caso a los cursos de la Fundación del valle de San Francisco, creada por María Fernanda Palacios, Roberto Ruiz y Rafael Cadenas. Fue a través de Michaelle como me acerqué a la escuela de estudios liberales de esta fundación; me adelantaba los temas que pensaba dar, o los comentarios que había recogido en las clases que había impartido, y despertó así mi curiosidad, de modo que me convertí en adicta de esta institución (a la que desafortunadamente las circunstancias han obligado a suspender indefinidamente sus actividades). Pues bien, comencé a asistir a sus clases y allí presencié cómo desplegaba lo que ya comenté de sus conversaciones, pero, ahora sí, vinculándolo con los textos literarios en un ejercicio de sorpresas. Las novelas (generalmente sus cursos versaban sobre clásicos), aparecían con una luz muy distinta a la que proporciona una lectura literaria convencional. Por ejemplo, comprender *Jane Eyre* (1847) relacionándola con el concepto de lo sublime o lo siniestro, o el mito de la creación y la ética calvinista. Esa multiplicidad de la mirada, y de la lectura, creo yo define su pensamiento; era lo que en la tradición anglosajona se denomina *a reader*, un lector que puede atravesar un texto desde múltiples referencias. Pero algo más, que probablemente el lector anglosajón no haría, como es la teatralización de la lectura. Sus cualidades actorales le permitían captar la atención del auditorio por mucho tiempo, sabía cómo llevar con la voz el interés del escucha, y romper un momento teórico con una anécdota o una salida de chispa criolla. No era una dramatización preparada estratégicamente, era su misma manera de conversar bien temperada por sus lecturas.

Hasta aquí he relatado algunos recuerdos personales relativamente recientes, se hace necesario dar marcha atrás y consignar temas significativos de su biografía que permitirán comprender por qué me atrevo a afirmar que ella es la investigadora venezolana más completa en cuanto al imaginario

social y religioso antillano. Su vocación antropológica, y parcialmente también la literaria, no pueden entenderse sin seguir su camino por los estudios del Caribe, así como su pasión por ellos no puede comprenderse sin tomar en cuenta su propio origen.

No podemos cerrar esta semblanza sin anotar su amplia experiencia como docente de varias escuelas de la Universidad Central de Venezuela (Antropología, Letras e Historia), así como de posgrado de la Facultad de Humanidades y Educación, en el doctorado de Historia, en la maestría de Literatura Comparada y en la maestría de Estudios de la Mujer. Otras responsabilidades académicas fueron la fundación de la opción de Estudios Afroamericanos de la Escuela de Antropología de la cual fue profesora de 1977 a 1985, y la dirección de la Escuela de Letras de 1987 a 1990.

2. Años de formación y primeras publicaciones

Inicialmente se inclina hacia la literatura y egresa de la Escuela de Letras de la UCV en 1969; allí fue discípula del maestro Ángel Rosenblat quien la guía hacia el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá –el prestigioso instituto de investigaciones lingüísticas que hace unos años recibió el Premio Príncipe de Asturias– y allí asistió en 1970 al curso de lingüística y dialectología hispanoamericana, fruto del cual es "Análisis de un documento de esclavos del Chocó", que marca su comienzo en los estudios afroamericanos, con particular atención, en ese caso, al cambio de nombre que sufrían los esclavos provenientes de África al llegar a América. La continuación de esa investigación dio origen a su primer libro, *Del nombre de los esclavos y otros ensayos afroamericanos* (1984), que mereció el premio Municipal de Literatura, mención investigación social de 1985. Es un estudio de índole filológica mediante la utilización de técnicas de la lingüística estructural, y esto le permitió registrar que los procedimientos de nombramiento encontrados en la muestra de los esclavos de Colombia eran similares en Venezuela, Haití, y las Antillas francesas, de modo que podía concluirse que existió una forma de denominación de los esclavos que revelaba una mentalidad colonial común.

> El nuevo nombre del esclavo, dado por el traficante de negros desde el momento de la compra en África o por el colono una vez llegado a América, señala, pues, el inicio de un proceso (de reinterpretación de la herencia cultural africana, de adaptación, enfrentamiento o sumisión ante el orden colonial, de transformación e invención de nuevas formas de vida cuando la sociedad lo permitía) que lentamente fue conformando lo que hoy conocemos con el nombre de las culturas afroamericanas.

Unos años después de su estadía en Bogotá viaja a Haití y estudia la licenciatura de Etnología en la Universidad de Estado de Haití, de la que egresa en 1975. En este viaje al país de su primera infancia toma contacto y profundiza el conocimiento de la religión vudú, pieza esencial del imaginario de la isla. Desde estas especializaciones en Colombia y Haití la confluencia entre literatura y antropología se había asentado en su obra y no la abandonaría más. En el prólogo del libro mencionado anteriormente define esta confluencia como "las conexiones evidentes y secretas que hemos establecido entre las Letras y la Antropología, vasos comunicantes, puertas que se abren hacia ambos lados". Su próximo libro, *Lecturas antillanas* (1990), es un magnífico ejemplo de estas puertas que se abren a ambos lados. Se trata, como indica el título, de una lectura de cuatro novelas de escritores de las Antillas; dos del novelista haitiano Jacques Stephen Alexis (1922-1961), que murió asesinado por el régimen de los Duvalier, y dos del cubano Alejo Carpentier (1904-1980) dedicadas a Haití. Y en realidad, las puertas que se abren no son solamente la literaria y la antropológica. La autora marca en el prólogo otra bifurcación que de nuevo es constante en su obra: la escritura y la lectura, es decir, la novelista que después sería, y la crítica y profesora de literatura que también era. Dice así:

> Este trabajo permite el encuentro de dos voces, una más afectiva y, si se quiere intuitiva que imaginé de una dama que leía solitaria las novelas escogidas, y otra voz, más crítica que trata de leer las mismas obras con la distancia y menor complicidad propias a la exposición académica…
> Este es, pues un ensayo dual, un intento no por conciliar, sino por permitir que las dos voces que tan intensa y sinceramente dialogan en mí se encuentren en un cuaderno que permite a su vez, mediante la escritura, la entrada y la salida de mi isla.

La dama que lee, que bien pudiera ser el título de una novela victoriana, condensa dos de sus identidades, la de una apasionada lectora de ficción, y al mismo tiempo la novelista en la que inevitablemente se convierte; y abre una tercera puerta que es la de su lectura crítica, o si se quiere académica, pero sin duda muy personal, en la que siempre prevalece el rigor acompañado de la intuición y de la imaginación.

En el mencionado curso sobre la novela de Emily Brontë los asistentes fuimos espectadores de esta confluencia de saberes: la dama atenta que leía apasionadamente las novelas del siglo XIX, y la crítica literaria que veía en *La Tempestad* de Shakespeare la figura del Calibán, el intruso del

Caribe que rompe las formas de occidente como un huracán, representado en Bertha Masson, la criolla loca que impide la felicidad de Mr. Rochester y Jane Eyre, tema que se continúa en *Ancho mar de los sargazos* (1966) de la escritora antillana Jean Rhys (1890-1979). Saltos intelectuales que exigen intuición, imaginación, y desde luego erudición.

Cercano a *Lecturas antillanas* es *El viaje a la inversa. Reflexiones acerca del exilio en la narrativa antillana* (2000) que constituye una lectura antropológica de la novela haitiana contemporánea sostenida en un corpus de cuarenta novelas publicadas en los años ochenta y algunas en los primeros noventa; el análisis recorre desde la temática del exilio, la religión, el bilingüismo, a la diáspora africana. Dice la crítica y estudiosa de la literatura latinoamericana Luz Marina Rivas (2018) acerca de la migración venezolana –desconocida entonces y hoy duramente presente– que "la migración venezolana se percibe a sí misma como exiliada. Su noción de exilio corresponde a lo que Michaelle Ascencio (2000) llama 'exilio voluntario'". Así lo explicaba en *Lecturas antillanas*: "Hablamos todavía de exilio (y no de viaje) porque el individuo, en cierta manera, se prohíbe a sí mismo regresar hasta que cambien las circunstancias que lo obligaron a partir".

El estudio del exilio en las novelas de las islas anglófonas y francófonas fue el tema de la tesis de su doctorado que concluyó en 1994. El tutor de su tesis fue el profesor Marc Augé, autoridad en estas materias.

3. Publicaciones posteriores

En 2001 aparece *Entre Santa Barbara y Shangó* (2001) y en 2004 la que sin duda es su obra mayor en el tratamiento de la literatura antillana: la selección, traducción, prólogo, notas, cronología y bibliografía de Jacques Roumain (1907-1944), preparadas para la Biblioteca Ayacucho, con el título *Gobernadores del rocío y otros textos*. *Gobernadores del rocío* es la novela más importante de este escritor probablemente también el más importante escritor haitiano. La lectura del prólogo de Ascencio nos entrega, además del esplendor de su prosa, una lección sobre literatura haitiana que confieso me dejó no solo sorprendida sino un tanto avergonzada de mi ignorancia del tema. La autora va dibujando con notable conocimiento el mapa de una región literaria en la que, para decirlo rápidamente, yo no había estado nunca, y pienso que probablemente pocos lectores venezolanos conocen. Entregada a la editorial en 1995 la publicación tuvo lugar nueve años después. Se comprende que fue para ella una dura espera la demorada edición de su trabajo, sobre todo porque acostumbraba a leer a su padre fragmentos de las

traducciones, y las ajustaba a sus exigencias de éste (cuando al escucharlas él le decía en francés, "no es Roumain"). Temía que por su avanzada edad no llegara a conocer el libro impreso y fue una gran alegría que estuvo a tiempo. En este trabajo mayor Michaelle Ascencio abre la puerta a su trilingüismo (francés, creole, español), y a su formación en lingüística, historia y literatura antillana y antropología cultural. Define la senda de este escritor como "la búsqueda del alma extraviada del haitiano", y para dejar una mínima huella de la magnífica poesía de Roumain copio estas líneas:

> Tu alma, es el reflejo en el agua murmuradora
> donde tus padres inclinaron sus oscuros rostros
> Y el blanco que te hizo mulato, es este poco de espuma
> lanzada, como un escupitajo, en la orilla.

El tema del exilio y la religión persiste en el artículo "Los dioses olvidados de Haití" (2005) en el que explica los orígenes del vudú, y se profundiza en dos libros posteriores, *Las diosas del Caribe* (2007) y *De que vuelan, vuelan. Imaginarios religiosos venezolanos* (2012). El primero da origen al segundo.

La religión no es la antesala de la ciencia, solía decir Michaelle, es un conjunto de representaciones y de prácticas que satisface una necesidad social y responde, al mismo tiempo, al desamparo y a la incertidumbre de la humanidad. La incertidumbre y el desamparo no son exclusivos de nadie, como ha quedado bien claro en la Venezuela de las últimas décadas. *De que vuelan, vuelan. Imaginarios religiosos venezolanos*, su última obra antropológica, es un estudio señero en el tema. En ella aborda el catolicismo popular, las iglesias evangélicas, la religión de María Lionza y la santería, como los cuatro cultos venezolanos fundamentales. Tanto María Lionza como la interpretación popular del catolicismo son modos religiosos propios de Venezuela, mientras que santeros y evangélicos se diseminan en otros lugares. Quedó la investigadora con la inconformidad de que la sección de encuestas que había realizado personalmente, no fue incluida en la publicación por criterios editoriales. Las encuestas le parecían indispensables para demostrar sus conclusiones, "esto no es así porque lo digo yo" –repetía– sino porque así lo dice la gente".

Tuve el honor de presentar este libro con el antropólogo y poeta Alfredo Chacón en el 4º Festival de la lectura en Caracas, y es en el que me detengo con mayor detalle. Ascencio nos entrega aquí una pieza invalorable para aproximarnos a la comprensión de la sociedad venezolana mediante

un estudio que continúa sus trabajos anteriores acerca de la religiosidad, pero en este caso dedicado especialmente a las religiones que actualmente se practican en el país; con el valor agregado de que dice tanto de ellas como del imaginario social, y de ese modo abre una nueva puerta de acceso hacia ese tema que viene siendo crucial en las reflexiones de muchos investigadores y estudiosos: ¿cómo somos, por fin, los venezolanos? En primer lugar, la investigación rompe definitivamente con la noción o prejuicio de que los venezolanos son descreídos o indiferentes en materia religiosa. Los resultados del trabajo de campo y las encuestas en diferentes estratos sociales de Caracas fácilmente convencen al lector de que no es cierto ese supuesto laicismo venezolano. Por el contrario, la necesidad de creencias espirituales es muy intensa, y las prácticas religiosas muy variadas. De ellas la autora estudia las cuatro más significativas en términos de su influencia y extensión: el catolicismo popular, las iglesias evangélicas, el culto de María Lionza y la santería. A través de una detallada descripción de cada una de ellas podemos introducirnos en el estado actual de las mismas y conocerlas guiados por quien ha recorrido las calles de la ciudad en busca de los lugares de culto y (no menos importante) de los comercios que expenden los objetos necesarios para ejercerlo. Se despliega así un mapa distinto de Caracas: el mundo de lo sagrado que cruza las mismas rutas que los autobuses, los peatones y las motos, solamente que con esta guía podemos entrar en esos centros religiosos por los que quizás hemos pasado apuradamente sin comprender que en ellos bulle la necesidad de ayuda espiritual y la fe de quienes no tienen otro poder al que recurrir. Allí, muy cerca nuestro, están las tiendas, las botánicas y las perfumerías que exhiben los objetos de culto en las vitrinas y los estantes; se escuchan los consejos para curar, y cuando el tráfago del día haya cesado, las puertas se abren a los altares y los rezos. Nada de esto es oculto ni prohibido, todo está a la vista del transeúnte, pero hacía falta que alguien nos enseñara a mirar. En segundo lugar, el estudio revela una característica fundamental de la religiosidad venezolana: su sincretismo sin dogmas confesionales. Difícilmente en las encuestas encontraremos una fe pura en los creyentes. La modalidad venezolana de acercarse a lo sagrado y extra natural se rige por una suerte de "todo vale". Una forma religiosa que incorpora, yuxtapone, alterna, de acuerdo a los momentos vitales y a las necesidades del devoto. Si un santo no sirve, otro habrá que solucione el problema. Si un modo religioso no alcanza para las circunstancias, a la mano queda la posibilidad de buscar un camino paralelo, que también, cuando se trate de enfermedades y dolencias físicas, incluye la medicina científica. Una religiosidad si se quiere pragmática, regida por la necesidad

del demandante y no por la preceptiva confesional. La fe en los dogmas de las religiones tradicionales y sus premisas y cultos inmodificables son en Venezuela una excepción. Pero, además del disfrute de entrar en un mundo que solamente conocemos muy parcialmente, llevados por un recuento de sabrosa lectura, no debemos quedarnos en la curiosidad que despierta la descripción del fenómeno religioso sino intentar adentrarnos en lo que dice de nosotros. Encuentro, al menos, cuatro derivaciones importantes.

4. La distinción entre las sociedades de la culpa y las sociedades de la persecución

Las religiones monoteístas occidentales (cristianismo y judaísmo) organizan la fe y la acción del creyente bajo el paradigma de la culpa. Así precisamente comienza el *Génesis*, con el pecado y castigo de Adán y Eva por haber desobedecido al Señor. El sujeto creyente se relaciona con Dios mediante un conjunto de creencias y prácticas que debe asumir y cumplir para lograr su perfección espiritual; de no hacerlo es culpable ante la ley divina, y probablemente también ante la humana. Pudiéramos aquí establecer una diferencia entre el catolicismo, por un lado, y el protestantismo y el judaísmo, por otro. En el primer caso, el vínculo del creyente con Dios implica ciertas mediaciones institucionales: el sacerdote es quien perdona los pecados. En los otros dos casos, si bien la institucionalidad religiosa tiene sus representantes (el pastor, el reverendo, el rabino) el creyente se relaciona directamente con Dios, e incluso puede interpretar con su criterio la palabra divina contenida en las escrituras, lo que en el protestantismo da origen a la multiplicidad de iglesias de acuerdo a cuantas lecturas de la Biblia puedan hacerse. Lo fundamental en estas religiones monoteístas es que el individuo actúa según su conciencia: lo malo y lo bueno de lo que hace obedece a su libre albedrío, y por ello debe rendir cuentas y también pedir perdón a quien haya ofendido, sea el propio Dios o sea el prójimo. La conciencia individual queda moralmente vinculada a la culpa y a la necesidad de perdón y reparación. Esta manera de relacionarse con la moral es lo que los psicólogos denominan "locus interno de control", que no es otra cosa que asumir que lo que hago depende de mí, y de mi cumplimiento o transgresión de la ley. En la infancia nos conducimos mediante un "locus externo de control" –es decir, el temor a ser castigado por los adultos– y lo esperable es que adquiramos progresivamente una conducción interna, es decir, que introyectemos la ley. La ley debe actuar en nosotros, haya o no quien nos obligue a respetarla, y el mal es que nosotros no respetemos la ley.

O también efecto de que Dios nos lo envía como prueba de la resistencia de nuestra fe.

Por el contrario, las religiones que se agrupan en el paganismo se articulan bajo el paradigma de la persecución. El mal viene a nosotros porque otro lo ha causado, porque otro nos lo ha deseado, e incluso ha actuado con la brujería y la hechicería para ejecutarlo. El enemigo no es único, como en el cristianismo (el diablo que nos tienta a desobedecer) sino cualquiera, hasta nuestro vecino. Esto, dice Ascencio, produce una sociedad de la desconfianza. Todos pueden ser nuestros enemigos. Pero hay algo más, y es que el "locus de control" es externo; es alguien, fuera de mí, quien puede hacerme daño, y de ese exterior debo cuidarme. Ya no es la conciencia de la ley la que me persigue sino alguien allá en el mundo: mi enemigo. Esta digresión nos permite comprender que, en la sociedad venezolana, en la medida en que sus creencias son mixtas (a pesar de que tradicionalmente la gente se dice católica, y es demográficamente la religión más extendida), las creencias pueden agruparse como paganas, y en ese sentido encontramos que lo más frecuente es que los individuos no se rigen por una ley moral interna, que les obligue a asumir las consecuencias de sus actos, sino que las achaquen a los otros. Por ello, tendemos a evadir la responsabilidad de nuestra conducta, y además, el "locus externo de control" nos lleva a intentar escapar del castigo. Esto es, por supuesto, una conclusión en términos generales que no invalida las excepciones.

4.1. La variabilidad y mezcla de creencias y prácticas religiosas

La híbrida naturaleza de la religiosidad de la sociedad venezolana pareciera indicar una flexibilidad, tanto en el mismo individuo en relación con sus propias creencias religiosas, como con respecto a los otros. Habla a favor de una tendencia tolerante y respetuosa de la diferencia en esta materia y una cierta inmunidad a los fanatismos religiosos. En los últimos tiempos se han producido hechos muy raros en nuestra historia, como fueron, por ejemplo, la profanación de la sinagoga de Maripérez, y las violaciones y mutilaciones de vírgenes tradicionalmente veneradas, como la Divina Pastora o la Coromoto. Sin pretender una explicación de las causas, que desde luego no conocemos, lo cierto es que los venezolanos no se sumaron a este vandalismo que, por el contrario, concitó el rechazo social.

4.2. La evolución de la noción de suerte

Un punto del mayor interés en este estudio es que la investigadora observa un cambio en la noción de "suerte". Pareciera, de acuerdo con sus hallazgos, que el venezolano comienza a pensar en la suerte no como una condición externa y extra natural sino como un modo personal de aprovechar las oportunidades y de posicionarse en la vida. No como algo que cae del cielo sino como una posibilidad de éxito que requiere esfuerzo. Esta tendencia, a mi modo de ver, favorece el desarrollo personal y la búsqueda de logros, y es muy significativo que se fortalezca en un momento en que precisamente el discurso político se inclina a favor de colectivizar la sociedad y anular aquello que es emprendimiento personal.

4.3. La necesidad de creer en el poder de otro

Una conclusión que no puede dejarse fuera, aunque no sea un tema especialmente desarrollado por la autora, es que, al señalar ésta las condiciones de precariedad en las que vive una gran mayoría de los ciudadanos, la presencia de cientos de miles de personas que no reciben el adecuado acceso a los beneficios sociales, ni cuentan con empleos estables, ni con seguridad personal, se está subrayando la extrema demanda de buscar alguna ayuda para vivir (y sobrevivir); y si la ayuda no proviene suficientemente de los poderes naturales, la conclusión es obvia: es necesario recurrir a los poderes extra naturales. En mi opinión es en esta demanda persistente que la sociedad venezolana viene desde hace décadas manifestando, a veces explícitamente y otras en silencio, donde hay que situar la proliferación de formas religiosas, y la utilización del "todo vale" a la hora de recurrir a quien se le atribuyan poderes sobrenaturales. Pero hay algo más, y es que esa demanda insatisfecha conduce a una confusión en la naturaleza del poder. ¿Quién tiene poder? Lo puede tener Shangó, o la reina María Lionza, o José Gregorio Hernández, o la Virgen del Valle, pero también quien detenta el poder aquí en la tierra. Se marca así una tendencia a que los líderes políticos revistan cualidades de líderes religiosos. A que el poder que se les atribuye también sea híbrido; a que quien quiera que ofrezca ayuda sea igualmente venerado.

En el capítulo "La ausencia de los dioses" inicia el recorrido por la religiosidad caraqueña y particularmente los cultos y religiones paganas ligados a la iglesia católica: marialionceros, santeros, paleros, así como las tendencias *New Age* (espiritismo, metafísica, yoga, Tai Chi, Sai Baba, etc.). Este recorrido, que era literal porque sus investigaciones la llevaban a caminar las calles de la ciudad en busca de informantes y de tiendas y

expendios de los objetos de culto, abre un capítulo inédito en las investigaciones antropológicas como es la religiosidad urbana. Quizás exagero al decir inédito, pero no demasiado porque los investigadores que habían iniciado la antropología de las religiones en Venezuela –Alfredo Chacón, Angelina Pollak-Eltz, Jacqueline Clarac, Gustavo Martín, Yolanda Salas– enfatizaban los cultos rurales practicados por las clases populares. Ascencio rompe con la noción de que la religiosidad es de poco impacto en el imaginario social venezolano y profundiza sus investigaciones en Caracas, ampliadas a los sectores de clase media en sus diferentes niveles. Su propósito, truncado por la enfermedad, era continuar la investigación ampliando la muestra y profundizando en algunos datos arrojados por el estudio.

5. Obras literarias

¿Iba también Michaelle en busca de la extraviada alma del haitiano? Supongo que sí y su primera novela *Amargo y dulzón* da cuenta de ello. Con ella ganó el premio de novela de la bienal latinoamericana José Rafael Pocaterra del Ateneo de Valencia en 1998, y esperó cuatro años hasta verla publicada en 2002, y luego reeditada en 2010. La autora vuelve aquí a la persistencia de los orígenes, y al encuentro de las voces que revive en su memoria. Alguna frase suelta me hace pensar que la novela fue concebida entre 1990 y 1994 en París cuando estudiaba, en pleno barrio de Montparnasse, el doctorado en la escuela de Altos Estudios Sociales, y donde probablemente –se me ocurre– experimentó en carne propia por primera vez las contradicciones y distancias entre las dos lenguas –el creole y el francés–, lo que es decir la metrópolis y la colonia, las dos culturas; África y occidente, las raíces y los desarraigos. Quizás buscaba el alma haitiana extraviada en la melancolía del Caribe, como le escuché decir, pero sin duda buscaba también la extraviada alma del venezolano.

Las novelas son también, no podría ser de otra manera, piezas en las que la oralidad está muy presente. Igualmente, la historia, pero la historia que se sumerge en tramas no dichas, ocultas, que finalmente revelan como si tal cosa ese imaginario que indaga y trata de comprender. En la segunda, *Mundo, demonio y carne* (2005) vuelve a uno de sus temas preferidos, la religiosidad. Recuerdo que en nuestro encuentro inicial Michaelle estaba metida de lleno en la escritura de esa novela, y recuerdo también que decía sentirse muy extravagante, o un tanto extraña, de que en medio de todo lo que estaba sucediendo en el país ella viviera preocupada por su protagonista, una muchacha que obligaron a profesar en un convento en el siglo XIX.

Eso ha sido un gran consuelo para mí, cuando me veía un tanto dislocada escribiendo una novela situada en el siglo XVII, recordar a Michaelle preguntándose cómo podía estar metida en los problemas de un convento en el siglo XIX con todo lo que estaba pasando.

En esta novela da rienda suelta a la dama que lee, y escribe un relato que, si bien toca también el tema religioso, en este caso situado en el convento de las carmelitas descalzas exclaustradas por Guzmán Blanco, es una novela de amor con gran éxito de lectores. Para esta escritura Michaelle recorrió Caracas, en la compañía de su gran amiga Mirla Alcibíades, erudita conocedora de la historia decimonónica, y paso a paso imaginaba la ciudad del siglo XIX en medio del tráfico y la baraúnda de la ciudad de principios del XXI. Su aspiración permanente al rigor de la investigación le exigía estar muy segura de todos los detalles que había vivido su protagonista.

Su última novela publicada póstumamente, *El circo* (2015), produce un giro que estaba destinado a abrir nuevas puertas. La pasión investigadora continuaba y para esta novela necesitó muchas horas en la hemeroteca de El Nacional. Se trata de un relato que retrata la sociedad de la clase media caraqueña en las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo pasado, es decir, los primeros pasos de la democracia venezolana temporalmente detenidos por la dictadura. La época histórica en la que transcurren los acontecimientos se sitúa entre el golpe de Estado contra Rómulo Gallegos en 1948, y el fraude electoral de las elecciones convocadas por la dictadura militar en 1952. En esta novela condensa su comprensión del país, su capacidad para captar y recomponer escenas en las que prevalece su oído para la conversación y su agilidad para el humor en una escritura concentrada en la que no sobra nada. Todo lo que apunta es, como en el buen teatro, indispensable para que los personajes se revelen y se desarrolle el drama de la democracia traicionada, cuando las familias se rompen y a veces padre e hijo pueden quedar en diferentes bandos. No hay grandes héroes en la novela; la novelista les da a sus personajes un tono menor y les permite hablar a media voz en la trastienda de una librería, o en la nochecita, cuando la gente se sentaba al fresco en los porches, para que nosotros podamos escucharlos en la cotidianidad y reconozcamos en ellos el diálogo político que en aquellos años tenía lugar: democracia sí, o democracia no, esa pareciera ser la pregunta que se hacen los personajes mientras los hombres toman ron con Coca-Cola y las mujeres se esmeran en la cocina.

Este tema político, que seguramente formaba parte de su infancia venezolana, de alguna manera se había reactualizado en los últimos años. Para una estudiosa de la religiosidad la figura de un presidente mesiánico,

la revitalización del culto bolivariano, la plegada devoción de sus súbditos, elementos que progresivamente horadaban el sistema democrático y los modos ciudadanos de entendimiento, eran para ella, por una parte, una fuente de dolorosa inquietud, y por otra un acicate a su curiosidad de investigadora. Fueron sus últimos años un período en el que, en medio de la angustia que le provocaba el incierto destino del país, escribió artículos, dictó conferencias, participó en foros y programas de opinión alrededor de su gran tema de aquellos tiempos: la invasión religiosa en el ámbito político. En noviembre de 2012 fuimos ambas invitadas a participar en un simposio en la Universidad Católica Andrés Bello con el tema de los liderazgos mesiánicos y religiosos, y su presentación dio origen al artículo "El Presidente no es un líder religioso", recogido en la obra colectiva *La política y sus tramas* (2013). Allí establece claramente la diferencia entre el liderazgo carismático y el religioso, y las confusiones entre ambos. Fue una de sus últimas presentaciones públicas.

Michaelle murió en Caracas el 29 de marzo de 2014. Le faltaba mucho por decir, pero, como apuntaría Lacan, la muerte es siempre el punto final del texto, y a partir de allí todo el sentido se ilumina.

Referencias

Ascencio, M. (1984). *Del nombre de los esclavos y otros ensayos afroamericanos.* Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación, UCV.

Ascencio, M. (1990). *Lecturas antillanas*. Caracas: Academia Nacional de la Historia. Col. El Libro menor.

Ascencio, M. (2000). *El viaje a la inversa. Reflexiones acerca del exilio en la narrativa antillana.* Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación, UCV.

Ascencio, M. (2001). *Entre Santa Bárbara y Shangó*. Caracas: Tropykos.

Ascencio, M. (2002). *Amargo y dulzón*. Caracas: Casa Nacional de las Letras. 2ª ed. (2010). Caracas: Alfa.

Ascencio, M. (2004). *Gobernadores del rocío y otros textos*. Selección, traducción, notas, cronología y prólogo de Michaelle Ascencio. Caracas: Biblioteca Ayacucho. *Vol*. 215.

Ascencio, M. (2005). Los dioses olvidados de Haití. *Contexto.* Vol. 9. (11). 131-149.

Ascencio, M. (2007). *Las diosas del Caribe*. Caracas: Alfa.

Ascencio, M. (2012). *De que vuelan, vuelan. Imaginarios religiosos venezolanos*. Caracas: Alfa.

Ascencio, M. (2013). El Presidente no es un líder religioso. *La política y sus tramas. Miradas desde la Venezuela del presente*. Caracas: Ucab. Serie Visión Venezuela, pp. 147-150.

Ascencio, M. (2015). *El circo.* Prólogo de Ana Teresa Torres. Caracas: Alfa.

Rivas, L.R. (2018). La escribana del viento, el presente en clave histórica. *Inti.* Primavera-Otoño. (87-88). 39.

Torres, A.T. (12 de mayo de 2012). Presentación de De que vuelan, vuelan. *Tal Cual*. Imaginarios religiosos venezolanos.

Torres, A.T. (2014). Lecturas para hoy. Michaelle Ascencio. *Prodavinci*, Recuperado de: https://prodavinci.com/

